

FILMS SELECTOS

Biblioteca de Catalunya

En este número:

Magníficas fotos e interesante información con detalles sobre los últimos momentos de la malograda

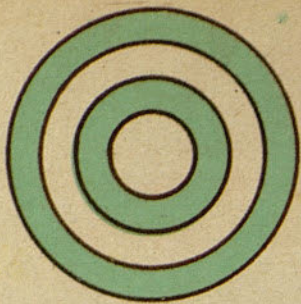
JEAN HARLOW

70
cts.

IRENE DUNNE

DUNNE
Mount Pictures

P2222-42



livia

ElleTeca
de moda



de
avilland

ANTE LA TEMPORADA QUE EMPIEZA

EL PROBLEMA DE LAS DIVISAS

INSISTIMOS. El problema requiere urgentísimo remedio. Son alrededor de doce mil las familias que, entre Cataluña, Valencia y Madrid, se hallan en peligro de carecer de medios de subsistencia si no se remedia la situación inminente que se produciría si hubiesen de cerrarse los cines.

Esta situación, a la que aludíamos en anterior artículo, no puede remediarse con procedimientos de ocasión como el de reproducir películas antiguas. La prueba ya se ha hecho y el resultado no es satisfactorio. El público no acude a las salas.

Aparte del grave estado económico en que quedarán las susodichas familias hay otras razones de carácter moral que tienen también su peso. El efecto de anormalidad que producirían los cines cerrados y el privar a los ciudadanos de una culta diversión que puede ser también a veces, y es a menudo, un buen estimulante moral.

Todo el problema estriba en la falta de divisas para pagar a las casas americanas el envío de nuevas películas. Y el problema no es de hoy ni de ahora, puesto que hace ya más de dos años que las casas distribuidoras no han podido obtener del Centro de Contratación de Monedas las divisas necesarias para poder pagar a las casas americanas nada absolutamente de lo mucho que se les debe. Con todo, hay que decir, en elogio de aquellas casas productoras, que hasta ahora no nos

han retirado su crédito y su confianza, hasta el punto de que ha habido casas que después del 19 de julio han enviado algunas películas para que se pueda subvenir a la situación precaria de los empleados de las casas distribuidoras.

También hay que tener presente que todas aquellas casas no exigen ni mucho menos que se les pague todo lo que se les debe, sino que, puestas en un terreno de comprensión, por las circunstancias que estamos atravesando y de noble conciliación, se contentarían con recibir alguna parte de aquellas cantidades. Con esto bastaría para que en la próxima temporada estas casas enviaran algunas de sus mejores películas nuevas, con lo que se resolvería el trágico problema del duro invierno que espera a todos los que tienen como único medio de subsistencia trabajar en la industria cinematográfica.

Y hay que tener en cuenta que contamos, entre estas familias cuya subsistencia está en peligro, a las de aquellos que dependen de las industrias anexas a la cinematografía, como son los laboratorios de reproducción de films donde se tiran las copias y los, en otro tiempo prósperos, estudios de doblaje en español de las películas.

No perdamos tiempo en divagaciones. Con todo el respeto y la buena voluntad debidos, hemos de declarar que la solución de este problema depende en absoluto de los Poderes Públicos.

Comprendemos perfectamente las múltiples necesidades económicas que crea al Gobierno la situación que estamos atravesando. No podemos, pues, ser extremadamente exigentes. Pero la situación en que se encuentra la industria cinematográfica es también un problema creado por la guerra. Y, por lo tanto, merece una parte de la atención que reclama la situación general.

La solución del problema se plantea, pues, de esta manera: ¿Puede el Gobierno posibilitar la entrega parcial, gradual y periódica de divisas, contra recepción de negativos de películas nuevas, con lo que se remediaría la situación de millares de familias y se procuraría, aunque fuera de un modo precario, la continuidad de relaciones con las casas americanas y, por lo tanto, de una fuente de riqueza en nuestro país, cuya importancia no hemos de encarecer?

Téngase presente, además, que en el orden político internacional habría de producir también excelentes efectos el comprobar que el Gobierno de la República, ni aun en tan críticas circunstancias como las actuales, deja de preocuparse por salvaguardar para lo futuro los intereses morales y materiales creados en España por las organizaciones extranjeras.

He aquí expuestos netamente los términos de este grave problema y la solución más urgente y apropiada según nuestro leal saber y entender.

J. Harlow una estrella



Beso emocionante éste, que William Powell da a Jean Harlow, en el que se plasman, mezclados, la ternura y el dolor; beso simbólico, exento de sensualidad, como un adiós póstumo en el rostro de la amada, cuya belleza ni la agonía osó destruir.

TRANSCRIBIMOS algunos detalles de la muerte y sepelio de la grande y malograda artista Jean Harlow, en la seguridad de que han de interesar al público español que tanto la ha admirado.

Jean Harlow se hallaba ensayando «Sanatoga», en compañía de Clark Gable, cuando sintió los primeros síntomas de la rápida enfermedad que había de llevarla al sepulcro: un ataque de uremia. La interesantísima película ha quedado, por lo tanto, interrumpida. Con todo, la casa productora ha podido terminarla sirviéndose de una actriz que ofrece extraordinario parecido con la artista que acaba de dejarnos. Por primera vez en los anales del cinema, cuando esta película se proyecte un «speaker» dará cuenta al público de esta sustitución causada por tan tristes circunstancias.

Jean Harlow se vió obligada a retirarse inmediatamente del estudio y ponerse en cama. Los facultativos que la examinaron no dieron desde los primeros momentos esperanza alguna. Al cabo de cuatro días se extinguió la vida preciosa de la ilustre artista en los brazos de su desolada madre y de su famoso compañero William Powell, a quien le unían tales lazos de amor que, según todas las probabilidades, hubiera sido su esposo en plazo breve.

No hay que decir la emoción enorme que

la muerte de Jean causó en nuestro Hollywood, donde era tan grande y admirada, no sólo por su talento extraordinario, sino por sus prendas personales de amabilísimo trato y de gracia exquisita.

El entierro se verificó con grande solemnidad tres días después. Como por respeto a la extraordinaria belleza de la Harlow, su cadáver no ha sido incinerado. Todo Hollywood estaba representado en la triste ceremonia. El cadáver había sido expuesto en el local de la famosa entidad medicoreligiosa «Christian Science», de la que ella era miembro. Los funerales fueron solemnísimos. Añadieron emoción a la ya producida por las fúnebres ceremonias la voz magnífica de Nelson Eddy, quien cantó la «Canción de Amor» de Rose Marie, que tanto agradaba a la difunta, y la cristalina voz de Jeanette Mac Donald, quien cantó algunos lieder de Schubert, músico predilecto de Jean Harlow.

En el cortejo fúnebre figuraban inmediatamente después del coche mortuario la desolada madre de Jean, toda enlutada y cubierta de velos y que apenas podía sostenerse, materialmente suspendida del brazo de William Powell, que se esforzaba por resistir su dolor profundo.

Las cintas del féretro eran llevadas por Nelson Eddy, Franchot Tone, Clark Gable, Joan Crawford, Jeanette Mac Do-

Jean, acompañada de su madre Jean Bello, en cuyos brazos se extinguió la vida de la malograda artista.



nald y Myrna Loy. El cadáver fué enterrado en el poético cementerio de la «Christian Science»; en aquel jardín de paz donde reposan también sus ilustres miembros, los malogrados artistas Marie Dressler, Lon Chaney.

Podemos asegurar que desde la muerte de Rodolfo Valentino no se había ce-



Las tres últimas películas de Jean Harlow

Arriba: Un momento escénico de «Suzy» con Cary Grant. En el centro: Una escena de «Jugando a la misma carta», en la que aparece junto a Robert Taylor. Abajo: La última foto obtenida de Jean Harlow, filmando «Sanatoga», momentos antes de retirarse indispueta de los estudios de la Metro.

lebrado un acto tan emocionante y al que asistiera tan densa y desolada muchedumbre.

La casa de Jean Harlow se vió invadida por una muchedumbre de fanáticos que deseaban poseer algún recuerdo de la desaparecida y aun ofrecían por él valiosas sumas. No hay que decir cómo los familiares se vieron obligados a descontentar a aquellos disculpables idolatras.

Una vida de gran artista y de gran mujer interrumpida en plena juventud. Magníficas esperanzas marchitadas brutalmente en el alma de una mujer quien soñaba como coronación de



su carrera las delicias de un hogar definitivo en compañía del hombre, acaso del único hombre que había sabido comprenderla. En el alma de William Powell vivirá para siempre la imagen luminosa de la mujer a quien tanto amó. El ha querido rendir su último homenaje material a su futura esposa, construyendo un magnífico mausoleo que ha sido encargado a uno de los mejores escultores de los Estados Unidos.

A todos los que tanto la admirábamos, nos queda un profundo consuelo. El que nos proporcionará la ciencia y el arte tan maravillosamente hermanados con el prodigioso invento del cinematógrafo. Gracias a éste, Jean Harlow vivirá para nosotros en sus mejores momentos de inspiración, con todo el esplendor de su vida y todas las gracias de su espíritu.

Para nosotros resonará todavía su hermosa voz tan rica de matices expresivos, para nosotros brillarán con diversidad de pasiones sus ojos incomparables, para nosotros sonreirán aquellos labios que la muerte ha cerrado para siempre.

Y para terminar, un detalle curioso: Jean Harlow fué, principalmente para el público cinematográfico, la rubia platinada. Pero su inquietud de gran artista, su afán de renovación y diversidad la hicieron convertir su cabellera magnífica como preciada joya en un jirón de obscura noche. Pues bien, el destino ha querido que Jean Harlow volviera a ser antes de morir la rubia platinada; sus últimas producciones han exigido el retorno a su cabellera al color que parecía como un símbolo de su vida y de su arte.

En el cementerio de «Christian Science» reposa para siempre con su brillante cabello argentino la que fué principalmente para todos nosotros y lo será ahora para siempre con mayor motivo Jean Harlow, la rubia platinada.

JULIÁN DEL VALLE

Hollywood, junio 1937



GENEVA HALL
(Foto Paramount.)

JEAN CHATBURN
(Foto M.-G.-M.)

JANE HAMILTON
(Foto Radio.)



JUNE TRAVIS
(Foto Warner.)

Film Foca
de Catalunya
En la

playa

LYNNE CARVER
(Foto M.-G.-M.)

He aquí un atractivo conjunto de «Evas» de la pantalla, durante sus vacaciones en las playas de moda de Cinelandia. Nos sentimos incapaces de formular un comentario adecuado para cada una, ante la imposibilidad de hallar en nuestro limitado léxico el número de adjetivos encomiásticos suficientes.

JANE HAMILTON
(Foto Radio.)



Figuras de primer plano

EN las páginas cinematográficas aparecen de vez en cuando relatos, realmente conmovedores, de las penalidades que sufrieron algunos artistas, hoy gloriosos, antes de llegar al primer plano cinematográfico.

Casi siempre, esas informaciones se refieren a la dura vida de los «extras» en Hollywood. Pero no todo ocurre en Hollywood, aunque estos y otros casos sean allí más frecuentes que en parte alguna, por la sencilla razón de la mayor actividad cinematográfica en aquel barrio de Los Angeles, convertido en capital del mundo del celuloide.

En Europa, y concretamente en España, también es dura la vida de los que luchan — muchas veces sin más armas que su entusiasmo y vocación — por la conquista del primer plano de la pantalla.

Conocemos infinidad de muchachos y muchachas que pasan por los estudios y por las llamadas academias preparatorias de artistas de cine. Y a otros, que no han logrado pasar de la humilde clase de los «extras», o que a lo sumo, después de varias actuaciones entre los anónimos, han sido designados para interpretar un papel insignificante, con intervención en una o dos escenas.

Precisa señalar que, entre ese montón de «extras» más o menos distinguidos, se encuentran individuos capacitados para interpretaciones de más relieve, pero que por falta de ocasión o de suerte no han salido de esas filas anónimas del conjunto y del plano general.



María Arias con Pedro Terol en un romántico momento escénico del film nacional basado en la joya del teatro lírico español «La reina mora».
(Fotos Cifesa.)



María Arias puede sonreírse de esas dificultades y miserias que acompañan y rodean la vida de los «extras». Ella ha sido «estrella» en su primera actuación ante la cámara. Pero hay que reconocer que se lo merece. Tiene personalidad, temperamento, figura. Expresa con facilidad y canta admirablemente. Para esta singular artista no tiene secretos el trabajo en el «set». Se ha adaptado al cinema apenas sin esfuerzo, sin violentar su temperamento.

Desde luego, María Arias era artista antes de pisar un estudio cinematográfico. Hay que recalcarlo para que no se crea — no falta quien piense así — que basta la vocación — muchas veces no es más que ilusión, ambición de «ser» sin estar apoyada por ninguna cualidad — para convertirse, de la noche a la mañana, en una primera figura de la pantalla. No, es necesario mucho más que eso.

María Arias ha sido actriz de comedia. Por espacio de tres años formó parte de la compañía de la eximia Margarita Xirgu. En la obra de don Jacinto Benavente, «La novia de nieve», tuvo que sustituirla y su labor en la encarnación de aquel personaje resistió la comparación, sin imitar a la gran actriz que lo había creado. Lo sintió a través de su temperamento, dándole un perfil muy personal.

Después actuó como cancionista tres meses.

María Arias

La personalidad, temperamento y figura de María Arias le ha valido desde su primera actuación en la pantalla nacional el merecido título de «estrella».
(Foto Cifesa.)

Cualquiera diría, oyéndola cantar, que María Arias ha sido tiple de zarzuela, en cuyo género nunca ha trabajado. Viéndola cómo actúa, cómo expresa, cómo acciona, cómo dice sus frases, no recuerda a la cantante, que regularmente habla con énfasis y exagera el gesto, sino a la actriz de comedia, que logra moderar su mímica, sus ademanes, para adaptarlas al nuevo arte.

Sólo con ese bagaje artístico, suficiente cuando se posee fibra dramática, llega María Arias al cinema con el papel de protagonista de «Los claveles». Como antes en el teatro y luego en el género frívolo de la canción, destacó en la pantalla, acusando su personalidad en el primer plano.

Este triunfo en el cine le valió ser elegida por Eusebio F. Ardavin para su film «La reina mora», confiándole el primer papel femenino, el de «Coralillo».

¿No es asombrosa la rápida carrera, lograda por María Arias en el cinema? Sí, es asombrosa, tan asombrosa como su fácil adaptación a este arte en el que han fracasado no pocos prestigios de la dramática.

Pero María Arias no está plenamente satisfecha. No por ambiciones egoístas, sino porque sabe que en sus actuaciones cinematográficas no ha tenido la ocasión de explayar por entero su temperamento, rico en facetas dramáticas.

«Los claveles» y «La reina mora» son dos joyas del teatro lírico español, la última sobre todo. Dentro del género chico están bien seleccionadas indudablemente. Pero María canta en las dos y la cantante, por la importancia que tiene estar en la zarzuela, reduce el trabajo de la actriz, que queda, forzosamente, relegada a segundo término. Y María Arias lo que quiere es que se la juzgue como actriz del lienzo, no que alaben su voz, extensa y bien timbrada. Aspira a que se le confíe la interpretación de un personaje de comedia, no importa si adaptada de una obra teatral, o escrita directamente para el cine. Cree que su arte puede lucir con más intensidad, con mayor emoción de vida que en las obras cinematográficas de que ha sido «estrella». A pesar de que crítica y público la señalan ya como una de las artistas de mejor solera del cine nacional.

Pero no le basta — repetimos — a María Arias, que puede llegar más lejos como intérprete del lienzo.

¿Se equivoca? No lo creemos. Cuando una artista de veras insiste tanto en que se le confíen personajes de otra índole psicológica de los que lleva interpretados, es porque se conoce bien y sabe perfectamente que aún no se le ha brindado la oportunidad de demostrar toda su valía.

El que María Arias, lejos de ilusionarse con los éxitos conseguidos, se muestre descontenta, es la mejor demostración de que puede hacer más de lo que hasta ahora ha hecho, de que su labor ante la cámara, con ser muy valiosa, no alcanza el grado de perfección a que ella aspira y al que, sin duda, puede llegar.

Una belleza cálida y dramática como la suya — a pesar de la ancha sonrisa que la ilumina — necesita tipos más patéticamente humanos, más henchidos de vida para alcanzar todo su esplendor artístico.

María Arias, que se ha asemejado al primer plano cinematográfico sin pasar — como tantos otros artistas — por las filas anónimas de los «extras», merece que se la pruebe en un personaje de auténtico nervio dramático. Porque aunque ya ha logrado mucho artísticamente, tiene la convicción de que su meta está más alta. Mateo SANTOS



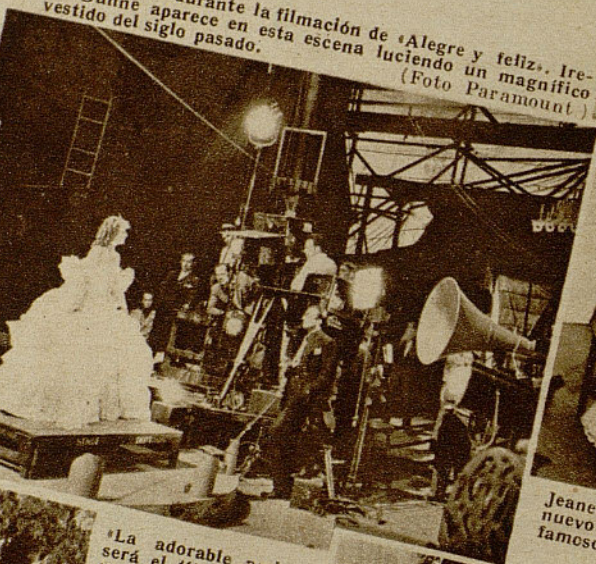


Ante la Cámara

El grupo de intérpretes que aparece ante la cámara, está formado por William Wellman, Janet Gaynor, Adolphe Menjou y Fredric March. El grupo de enfrente es el de técnicos que se dispone a filmar una escena del film, «Nace una estrella» con una modernísima cámara technicolor. (Foto A. Asociados.)

En pleno desierto el director cronometra una espectacular escena del film «El jardín de Alá», cuyos principales intérpretes son Marlene Dietrich y Charles Boyer. (Foto A. Asociados.)

Un momento durante la filmación de «Alegre y feliz». Irene Dunne aparece en esta escena luciendo un magnífico vestido del siglo pasado. (Foto Paramount.)



Jeanette MacDonald y Nelson Eddy, posan para su nuevo film, ante la cámara, bajo la experta mirada del famoso fotógrafo Clarence Sinclair. (Foto M.-G.-M.)

«La adorable amiga» será el título de esta nueva producción de Samuel Goldwyn. Brian Aherne y Merle Oberon serán sus principales intérpretes, los cuales aparecen en esta foto, ensayando para la toma de vistas de una interesante escena. (Foto A. A.)

Una simpática escena del film «El proscrito». En ella aparecen como intérpretes Karen Morley y el pequeño actor Jackie Moran. (Foto Paramount.)



JUVENTUD Y Belleza



Cuando de la belleza y juventud mana como de fuente la simpatía, el venturoso idilio surge espontáneo y el amor envuelve en luminosa y encantadora aureola cuanto nos rodea. Así se comprende esa expresión radiante de felicidad con que a nuestra vista aparecen las atractivas figuras de Bárbara Stanwick y Robert Taylor.

IAN HARLOW



FilmoTeca
de Catalunya



fredric
arck

LA VIDA DE

Fuí uno de los que asistieron a la primera lectura que Ramón Oliveres dió, ante unos cuantos artistas y críticos barceloneses, del guión literario «La libertad de un mundo». Asistí, con la curiosidad que inspiróme el título de esta obra y los antecedentes que me la dieron a conocer como biografía de Simón Bolívar. Supuse que sería una más de las muchas glosas que había inspirado la gesta heroica del Libertador, y me encontré no con lo que pensara, sino con la mejor y más completa de cuantas conocía sobre este tema, que Oliveres había exprimido con tanto conocimiento de este trozo épico de la historia de América, como con acopio fecundísimo de datos y hechos, tal vez los que con más relieve habían llegado a dibujar en mi intelecto aquella vida de facetas múltiples, cada una de las cuales haría necesario el talento y la preocupación analítica de un excelente biógrafo para ser valorada en toda su intensidad psicológica.

La literatura hace algún tiempo que viene dedicando especial atención al género biográfico. Este género tiene hoy más adeptos que la novela, relegada, en la actualidad, al gusto y regusto de los no iniciados. Tal vez el valor del tiempo, aquilatado, hoy, como nunca lo fuera, nos dé el secreto de este rendimiento del gran público a la biografía.

El lector de la biografía de un artista, de un político, de un legislador, de un guerrero, o de un hombre tipo, adapta a sus conocimientos todo aquello que en la lectura o en la observación de las expresiones activas del biografiado le ha interesado vivamente, y todo aquello que se produjo en su vida a través de la obra que le dió categoría de hombre excepcional. En muchas ocasiones, solamente comprendemos tales páginas, o el porqué de ellas, asomándonos a las mil nimiedades de la existencia diaria del autor, y a sus reacciones más simples, pues sólo éstas nos pueden dibujar de modo perfecto su psicología. Tal nos ocurre con Leonardo de Vinci, a quien nunca comprenderíamos en «Leda», su famoso cuadro; con Amiel, si no conociéramos lo expurgado de su diario por los conceptos amorosos de Berta Mercier; con Rousseau, si no nos hubiesen mostrado los discípulos de Freud —a quien tanto tienen que agradecer los biógrafos modernos— sus instintos desviados por una serie de represiones de índole sexual; con Napoleón, sin que nos fuese justificado por las cadenas con que sujetó su carácter el complejo de Edipo; y así con casi todos los grandes hombres, a los que la biografía desenmascaró, si no se os resiste la palabra, o desnudó, a veces desvergonzadamente, como lo hizo Brusson con Anatole France, a quien sirviera de secretario el aprendiz de jesuita.

En el cine la biografía ha tenido el mismo éxito que alcanzó en la literatura moderna. Claro es que en esta nueva expresión artística se han de aquilatar valores de excepción, pues serían muchas las vidas que se resentirían si el autor de la biografía cinematográfica no contase con las necesidades del espectáculo, adornándola con preseas de imaginación, o si la vida que ha de ser biografiada careciese de elementos espectaculares que la determinasen.

El acierto de selección que supone el haber pasado atención y estudio en la vida de Simón Bolívar para llevarla a la pantalla, encierra una certeza de triunfo, que debemos destacar primeramente. Nada más grandioso en la vida de la humanidad que esta gesta que inicia en Venezuela el Libertador, quien pasea su antorcha cegadora por la América hispana para liberar a un mundo, y arrancarle políticamente de las ataduras que le ligaban a una metrópoli en decadencia.

Han sido llevadas al cine las vidas de Napoleón, de Federico el Grande, de Cristo, de Benvenuto, de Enrique VIII, de Rospotin, de Catalina de Rusia, de Beethoven, de Rembrandt, de Mozart,



SIMÓN BOLÍVAR

EN LA PANTALLA

de Cristina de Suecia, de Rotschild, de Cleopatra, de Chopin, de Elisabet de Austria... Artistas, reyes, guerreros; seres y más seres a quienes hicieron grandes sus conquistas, sus obras, sus amores... Se anuncian nuevas y grandes biografías. Hombres, hechos, épocas, gestas, hazañas, que enlazan el pasado de la humanidad con su presente y lanzan sus flechas al corazón del futuro. De todos estos humanos hitos clavados en el alma de la historia, ¿quién puede parangonarse en su vida con la de aquel espíritu luz que libertara un continente y a quien el genio besó en la frente como hijo predilecto?...

En la vida de Simón Bolívar, la más alta esencia de las cualidades de una raza, vibran colores capaces de iluminar de grandeza moral y material a cien héroes. Guerrero, político, escritor, diplomático, orador profundo, hombre apasionado al que zarandeara la desgracia, envidiosa de tanta gloria como aureoló su frente, a nadie puede asemejarse, pues ni César, ni Carlo Magno, ni Napoleón, igualan la epopeya asombrosa de sus gestas de guerra, ni remedar pueden su obra legislativa con la que este admirable ejemplo de la raza hispánica dió a los pueblos que nacieron del esfuerzo material de su brazo y del espiritual de su talento.

El paso trágico y dantesco de los Andes en pleno invierno encierra mayor grandeza militar que el paso a través de los Alpes del ejército de Anibal. Sólo la pasión patriótica que enciende su alma es capaz de arrastrar a sus tropas, unos miles de sombras que acababan de atravesar ochocientos kilómetros de selvas y de ríos desbordados, a escalar las cumbres andinas venciendo a los elementos, y forjar con tales soldados el heroísmo digno de la in-

marcesible gloria con que se viste en seguida, apenas se desparra sobre los valles de Nueva Granada.

¿Quién no conoce la vida de Simón Bolívar? ¿Quién no le sabe uno de los hombres que albergaron al genio en su espíritu luminoso? ¿Quién no se asombró ante sus hazañas, encendidas en épica grandiosidad? La obra de Ramón Oliveres nos ofrece, sin embargo, una nueva faceta del héroe, pues a más de mostrárnosle como político, legislador y guerrero, nos le presenta como hombre sujeto a encendidas pasiones, prendido en el volcán de su sangre y arrastrado por el amor a rendimientos sentimentales.

Pocas vidas tan completas y tan emotivas para ser llevadas al celuloide como esta de Simón Bolívar, que nació en Caracas en 1783 y murió en 1830, después de haber asombrado a sus contemporáneos y de escribir una de las páginas más bellas de la historia de la humanidad. Sus amores en España y Francia, sus horas prolíficas en anécdotas apasionadas, su idealismo generoso, sus bondadosas reacciones sentimentales; todo, en fin, hace de él sujeto admirable para una obra de arte.

VENEZUELA, su patria, y con ella los pueblos bolivarianos, tendrán en este film motivo de orgullo, si pasa a la pantalla tal como nos le presenta Ramón Oliveres. La empresa es altísima. En la actualidad se hacen gestiones en Francia para dar posibilidades económicas a esta nueva biografía cinematográfica, que aspira a ser el portavoz de una raza, el heraldito que acerque a nuestro presente el momento más grandioso de la historia de América contemporánea, y la esencia heroica del alma venezolana representada por el Libertador.

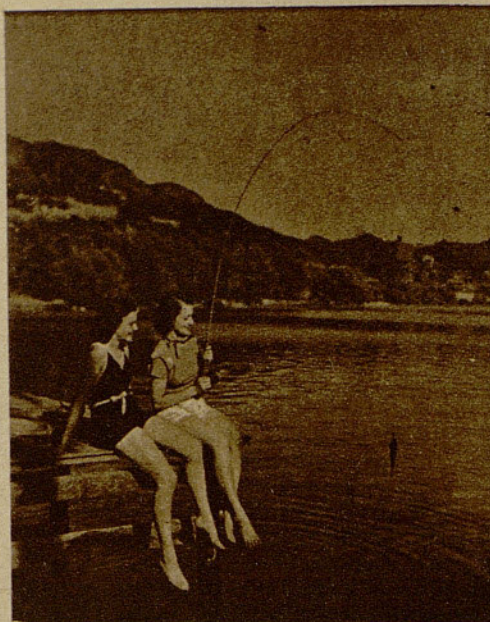
Aspira el autor de esta obra a que sea Venezuela la inspiradora oficial de la película, no solamente por ser la cuna del gran patriota que fué Bolívar, sino también porque ella fué la primera que se encendió en sus lumbres y la que inició el impulso sobrehumano que dió la libertad a un mundo. Lo logrará, seguramente, pues la obra por este escritor realizada es la más completa, la más fiel, de cuantas han vestido de nobles sugerencias el eterno recuerdo de Simón Bolívar. — LOPE F. MARTÍNEZ DE RIBERA

FILMOTHECA

de Catalunya



Buddy Ebsen —¡salud!—, en cuanto pudo razonar, dijo a sus honorables progenitores: «Papá, mamá, tengo alma de bailarín.» «Bailarín sea y si lo sea que yo lo vea» dijo el honorable señor Ebsen —¡salud!— padre. El chico empezó a bailar como un condenado. En verano sudaba y en invierno también. «Ganarás el pan con el sudor de tus pies» decía su honorable progenitor. Creció ágil, elástico, dúctil, más maleable que la goma de mascar. Dormía, hecho un ovillo, dentro de una caja de galletas «Mary». Trepaba por las paredes. Reptaba por las alfombras. Cuando hablaba con una señora, se contorsionaba. El culto de los pies le hacía olvidar el culto de la cabeza: declaró una guerra sin cuartel a los peines. Los zapateros le miraban y se reían como locos. «La cosa va bien» decía el señor Ebsen —¡salud!— padre; «eres un bailarín cómico de primera. Mira cómo se ríen los zapateros» «Papá, papá... Si soy un bailarín cómico de primera y hago reír a los zapateros ¿por qué no me llevas a trabajar a la Metro?». Y la Metro lo tomó. Y todos tan contentos: la Metro, sus honorables progenitores, él, los zapateros y el público que, como es un bailarín cómico, en cuanto le ven se ríen.



LO QUE NO SE VERÁ

Bien sabe usted que «Molinos de viento» es una película innovadora, más holandesa que un queso de bola, en la que un príncipe holandés se enamora de una pescadora holandesa.

En una escena de conjunto, los simpáticos futuros astros y estrellas del cuerpo de extras, estuvieron a punto de malograrlo todo: Rodábase la despedida del príncipe y a las «masas» no se

El pez es de pego, pero las dos pescadoras son de clase legítima y de lo más finito que se ve en su distinguido gremio de pescadoras de caña. (Foto Paramount.)



Un golpe difícil, difícil para el que lo recibe. Había otra foto que mostraba a la víctima después de tan arriesgado ejercicio, pero no la damos porque daba compasión mirarla y ésta es una sección fundamentalmente alegre y optimista.

(Foto Columbia.)

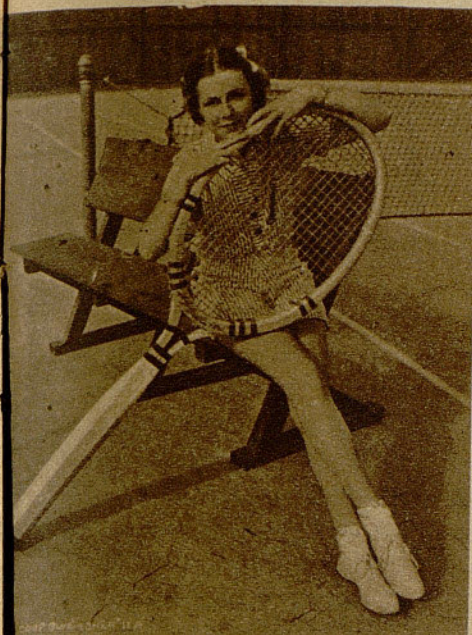
ADMIRACIÓN DESINTERESADA

Gary Cooper refiere que entre las cartas extravagantes que posee en su colección, que no son pocas, figura una epístola de un chico rumano que le pide cuarenta mil leis para comprarse una motocicleta.

Esta carta no tiene nada de extraordinario. A un actor francés, una señorita que vivía en un pueblo del sur de Francia, le escribió una ardiente misiva expresándole su admiración y acabando proponiéndole comprar una bicicleta a medias.



Dick Powell tomando lecciones de conducción de coche para sacarse el carnet de cocher. (Foto Warner Bros.)



Aquí no se sabe positivamente si es que Gloria Shea, se ha empequeñecido o la raqueta se ha aumentado. Sea lo que sea, Shea se ha de ver negra con este raquetón. (Foto Columbia.)



les ocurrió otra cosa que despedirlo con el puño en alto.
¡Si llegan a saberlo en Holanda!

CUANDO SE METEN LAS CUATRO...

Oído en un banquete cinematográfico, entre un profesional y un señor nuevo en el ramo:

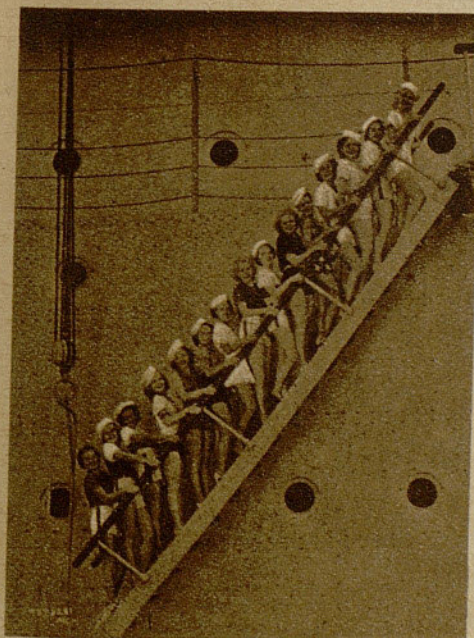
- Aquel señor del traje oscuro que tiene cara de tonto, ¿quién es?
- Mi hermano.
- No, no... Me refiero al idiota que está sentado a su lado.
- ¿El del traje marrón? Ese solamente es mi cuñado.—

GACETILLA INCOMPARABLE

Leemos, copiamos y comentamos el siguiente modelo de gacetilla cinematográfica:
«La encantadora es-



William Powell, siguiendo un curso de economía doméstica, a cargo de Rosalind Russell. La economía es para Rosalind que se ahorrará en lo sucesivo el gasto de la costurera. (Foto M.-G.-M.)



«Cargamento salvaje.» (Foto Metro.)

trella infantil V. W. es una niña prodigio. Habla tres idiomas y toca cinco instrumentos».
...que deben de ser probablemente la gramola, la radio, el piano de manubrio, el bombo y los platillos.

DE UNA BIOGRAFÍA

«La señorita C. C., para representar sus papeles con propiedad, no escatima sacrificios. Para protagonizar una película aprendió a escribir a máquina.
La cosa sería pasadera si el biógrafo no nos dijera antes que la señorita C. C. procedía del honrado cuerpo de las mecanógrafas



El inspirador de tantas y tantas pasiones amorosas, en una de sus interpretaciones: «El hijo del caído».

LA ÚLTIMA ROMÁNTICA

Diez años hace que pasó a mejor vida Rodolfo Valentino. Respetemos su memoria; un epitafio es una cosa muy seria. Pero he aquí que cuando la cortina densa del olvido empezaba a cernerse sobre la sombra del llorado «Ruddy», Agnes Ayres, una superviviente, tiene una conferencia espiritista con el «amante perfecto» y el ruido de la popularidad rasga el silencio que envolvía su memoria.

Y han vuelto a renacer —¡ay!— con virulencia epidémica, los amores imposibles que yacían dormidos en muchos corazones femeninos. Y ha llovido una serie de cartas dirigidas a Agnes Ayres, la corresponsal directa de Rodolfo Valentino en la tierra, pidiéndole que intercediera en su favor, manifestando a Rodolfo que la firmante no le olvida, o alguna otra tontería por el estilo.

Agnes Ayres, la nueva manipuladora de radiotelefonía de ultratumba, ha recobrado también su poquito de popularidad. Ella artísticamente había muerto. Hace doce años tuvo cierto nombre. Logró un papel de importancia en «El hijo del caído» con el apuesto Rodolfo. Después nada: la muerte en vida. Han pasado diez, doce años, Agnes Ayres había ido envejeciendo, a pesar de que los restauradores de Instituto de Belleza hacían todos los esfuerzos imaginables para contener los estragos devastadores del tiempo.

De pronto, Agnes Ayres hace la revelación a la prensa. Los reporteros la asedian. Los corresponsales esparcen la noticia por los cuatro puntos cardinales. Le piden retratos. Le piden autógrafos. Se recuerda que tuvo ciertas avenencias y ciertas desavenencias amorosas con «Ruddy». Hoy se publica un reportaje, mañana una entrevista, pasado mañana un periodista descontento apunta una duda sobre la veracidad de las conferencias de ultratumba... El caso es que el nombre de Agnes Ayres se agranda, se hincha, y aprovechando esta oportunidad viene lo inminente, lo fatal, lo inevitable:

Una casa la ha contratado para una reaparición con todos los honores.

Hollywood visto por

FilmoTeca
de Catalunya

Simone

PASADOS los primeros momentos turbulentos y efusivos de su llegada a París, donde pasará sus vacaciones, Simone Simon, cómodamente instalada en un amplio diván, deliciosa en su pijama de tonos rosados y marfil, nos cuenta sus impresiones.

Hollywood ha cambiado a la joven estrella francesa. Era algo inevitable. Sin embargo, Simone Simon continúa siendo la chiquilla deliciosa, alegre y sonriente, siempre tranquila y despreocupada en un ambiente quizás demasiado sutil para su temperamento, donde ella vaga sin llegar a ser comprendida. No han logrado cambiar el espíritu, el alma de Simone. Ni tampoco su sentido práctico y razonable.

Simon

—Allí— nos confiesa Simone, desmintiendo una impresión general— todo es calma y serenidad; nadie se apresura... Cumplen su cometido a la perfección, pero sólo trabajan las horas reglamentarias. El factor tiempo no tiene un valor efectivo en Hollywood. Todo el mundo es amable, servicial,

adorable... Pasó ya la leyenda de vivir una vida turbulenta, desesperada, sólo para la ficción.

Ahora es todo lo contrario; parece como si se hubiese retrocedido a principios de siglo. Los artistas de más renombre celebran sus reuniones semanales en sus respectivos domicilios, y allí se hace música, se discute, se murmura, se juega a las prendas, exactamente igual a cualquiera reunión de nuestra clase media.

A mi llegada me



encontré desplazada y triste. Era todo tan diferente de como me lo habían pintado... Además, la dificultad de expresarme en inglés, me mantenía alejada de mis compañeros de trabajo y a pesar de sus atenciones y exquisita amabilidad, me faltaba aquel ambiente tan querido de mi país.

Una rápida e inesperada enfermedad me retuvo cinco semanas en el hospital y otras tantas en franca convalecencia, hasta que al fin pude dar comienzo a mi primera película «Aula de señoritas» junto a Herbert Marshall y Ruth Chatterton.

Después he interpretado la protagonista de «El séptimo cielo», cuya versión muda, de imborrable recuerdo, interpretó Janet Gaynor. Era difícil trabajar pensando que el menor gesto sería comparado con la cinta anterior, en la cual se realizó algo difícil de superar. En muchas ocasiones un gesto silencioso es mil veces más expresivo y emotivo que unas palabras.

En todos los grandes films existe una escena que parece imposible de realizar con acierto. Yo también he sentido este momento peligroso y desconcertante; sin embargo, creo haber vencido el temible obstáculo.

He trabajado con una intensidad terrible durante esos meses y como actuar en los estudios americanos no es cosa de juego, creo que en verdad he merecido estas vacaciones, que me proporcionan el inmenso placer de verme de nuevo en mi querido París.

Mi marcha fué tan súbita y precipitada que casi no tuve tiempo material de aprender unas palabras en inglés y, como es natural, lo hablaba pésimamente y lo escribía de una manera detestable.

Al desembarcar me hicieron llenar tres hojas de un cuestionario, al cual contesté como pude... Había una pregunta: «Animal preferido». Mi contestación fué: Pantera negra. «¡Algunos días más tarde los periódicos publicaban con grandes titulares que la estrellita francesa recién llegada de París se paseaba con una pantera que la seguía dócil como un perro...!» —

Quince días de vacaciones y después otra vez la partida hacia Hollywood y esperamos que en el andén de la estación veremos de nuevo su picaresco rostro de gatita mimada, su sonrisa de chiquilla feliz que tanto amamos...

EDITH WORTH,



El General murió al amanecer

SON los días de la máxima turbulencia en la China turbulenta. El inmenso país se ha dividido no sólo según los territorios, sino según los distintos ideales éticos, religiosos o sociales de las diversas e infinitas capas que forman aquel complejo conglomerado de pueblos y de gentes. En las provincias del Norte domina por el terror el general Yang, cuyas tropas siembran a su paso la muerte y la desolación. Pero la ambición del general Yang no se conforma con poseer y dominar una parte del territorio. Un desmedido afán de gloria y de poder le induce a anhelar la extensión, esa dictadura terrible y absoluta que nadie le disputa en las zonas septentrionales, hasta el último confin del país gigantesco.

En tanto, el pueblo gime, el pueblo padece. No se da por vencido ni aun con las bayonetas en el pecho y, de una manera clandestina, desafiando mil riesgos, el partido popular reúne importantes cantidades de dinero hasta acumular la enorme suma necesaria para la compra de armas y municiones. En esta cruzada mueren miles de heroicos hijos del pueblo, mas, al fin, el logro se consigue y sólo queda por dilucidar lo que es tal vez lo más interesante: la designación de la persona que ha de llevar a Shanghai el dinero para la compra de material guerrero con que hacer frente

a las tropas del tirano. La misión es por demás espionosa. Todos los miembros de los partidos populares han sido asesinados y a los que pudieran ser sus prosélitos se les vigila estrechamente. Además, el encargado de tal misión ha de ser hombre de una absoluta lealtad, en quien pueda confiarse de una manera plena y ciega. Y, entonces, surge, en alguno de aquellos cerebros agudizados por la angustia y el dolor, la idea luminosa. ¿Acaso un extranjero, un ciudadano de un país poderoso a quien las leyes de su nación protejan? El proyecto parece magnífico, pero también ofrece grandes dificultades, pues hace tiempo que las Embajadas se retiraron de las poblaciones del Norte del país y los pocos extranjeros que pululan por las zonas revueltas no son dignos de inspirar una gran confianza.

Entra en acción, entonces, providencialmente, la figura del aviador O'Hara. He aquí un mozo pintiparado para el caso. Nació en la libre América y conserva su nacionalidad, que es carta blanca para introducirse en los medios cosmopolitas donde se tratan los peligrosos y grandes negocios del contrabando de armas. Es un aventurero, ciertamente, pero pobre como las ratas, lo cual demuestra que, en su azarosa vida, le impulsó más el afán de libertad, de goce y de aventura, que no el afán de lucro, de posición social o de dinero. Posee una irresistible simpatía que le atrae la confianza de las gentes, y es leal —según afirman sus amigos— hasta el punto de jugarse la cabeza por cumplir la palabra empeñada. Y, como si todo esto fuera poco, O'Hara ha conocido la más negra miseria y por ello se inclina siempre hacia la causa de los oprimidos y, apenas se le insinúa que sus servicios pueden ser útiles a los chinos tiranizados, se muestra presto a entregarse en cuerpo y alma a la defensa de esa causa, a la ayuda de las poblaciones que la ambición y la ferocidad de Yang tratan de reducir a la peor de las esclavitudes.

—¿UN extranjero? ¿Un norteamericano?— El poderoso general Yang recibe, en su despacho, los informes de sus agentes secretos, quienes le notifican la salida de O'Hara hacia Shanghai y sus anteriores relaciones de amistad con personas sospechosas afectas al partido popular.

—Contra un extranjero siempre tengo yo otro extranjero —añade— y, si me apuran, contra un americano otro americano.

El general Yang repasa las fichas de su archivo y encuentra en seguida el nombre propicio a sus nefastos planes: Oxford, su hombre de confianza, no dejará de aportarle el tipo especial que necesita como contrincante de O'Hara, el apuesto idolo popular.

Y Oxford lo encuentra. Es también un americano y también, como O'Hara, un aventurero, que ha conocido la miseria, pero que no ha luchado contra ella sino por medio de combinaciones turbias y sucios manejos, propios de un carácter cobarde y holgazán. Peter Perrie —que éste es el hombre en cuestión— no vacila en aceptar el encargo del general Yang: impedir la partida de O'Hara por medio de un atentado si es preciso, y arrebatarse la importante suma de dinero de que, sin duda, es portador.

¿Cuáles son las armas de que el perverso Perrie podrá valerse para atacar al templado y valeroso O'Hara? Perrie cuenta, sobre todo, con la colaboración de su hija Judy, muchacha linda, graciosa y expresiva... Jamás se propuso algo en lo que no llegase plenamente a triunfar. Cuando su padre le propone que sirva de señuelo para atraer al joven americano, Judy se indigna y rechaza vivamente la proposición, pero Perrie tiene argumentos que, sin querer, la obligan.

—No se trata sino de convencer a ese muchacho de que haga el viaje a Shanghai en ferrocarril en vez de hacerlo en avión —insiste—. Lo que se pretende con esto yo lo ignoro. Es un servicio inocente y sencillo que el general está dispuesto a pagar espléndidamente. Y yo no puedo desperdiciar las ocasiones, hija mía. Somos pobres, muy pobres; estoy enfermo y todo mi anhelo es poder morir en mi país, poder dejarte en



nuestra tierra, lejos de estos lugares inhospitalarios, de esta raza traidora y cruel. Se trata solamente...

Y por centésima vez, entre plañidero y conminatorio, Peter Perrie vierte en los oídos y en la mente de su hija las instrucciones para detener a O'Hara y apartarle de su misión.

Y sin duda, como dice el proverbio, «lo que la mujer quiere, Dios lo quiere». O'Hara, a quien gustan las rubias no menos que las morenas, traba conocimiento con la hermosa y elegante Judy, quien le expresa su sentimiento por tener que partir, apenas trabada una amistad tan interesante, en el tren de Shanghai. O'Hara tiene en el bolsillo el billete del avión.

—Puesto que va usted a Shanghai, podríamos hacer el viaje juntos. Claro que es más peligroso y usted tal vez no se quiera exponer... — propone la muchacha.

O'Hara vacila. De una parte le atrae un naciente amor hacia la linda Judy; de otra, el deseo de no pasar por cobarde a sus ojos; de otra, en fin, el interés de compartir los riesgos que ella pueda arrostrar...

Y así se cumplen los deseos del general Yang. El leal O'Hara, llevando consigo la suma importantísima que el partido popular le ha confiado, da el primer paso en el camino de la deslealtad. Como siempre, cuando un hombre honrado falta a su deber: «Cherchez la femme.»

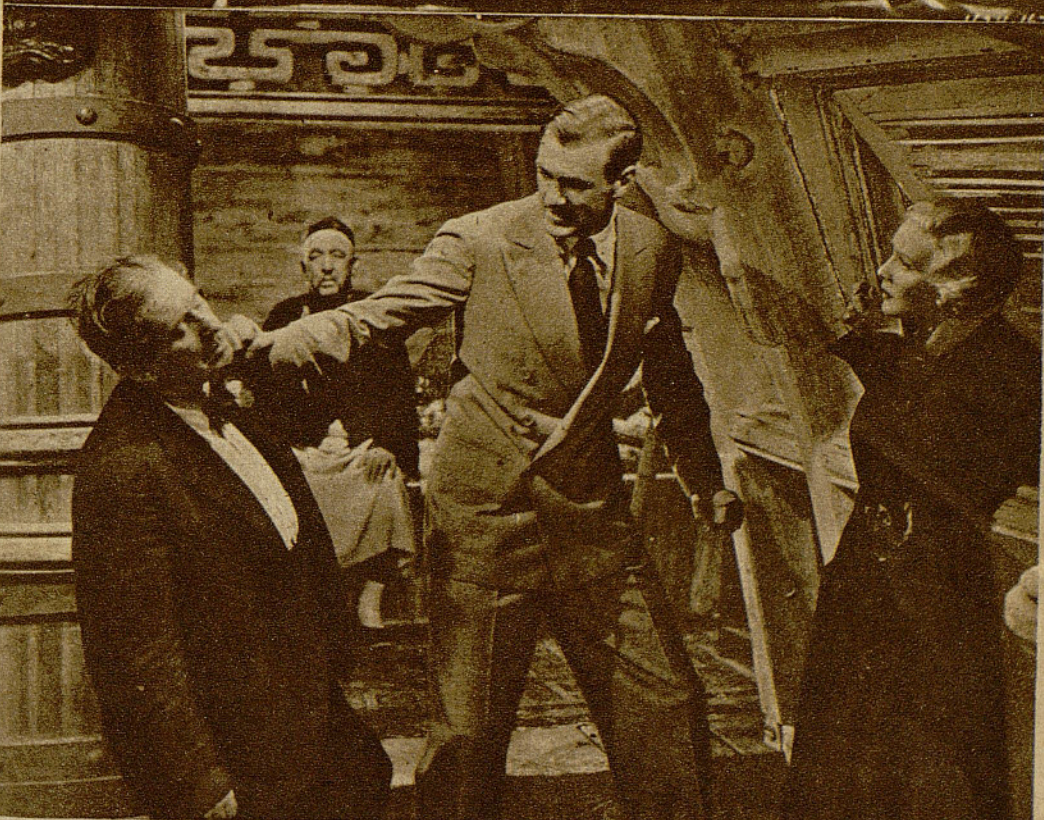
EL viaje desde el Norte a Shanghai es largo y complicado. Los horrores de la guerra y de la revolución siembran de peligros toda su longitud. Pero al animoso O'Hara los kilómetros se le hacen centímetros y las horas segundos. En el tren, la compañía de Judy le compensa de todos los sinsabores, y su naciente amor amenaza transformarse por momentos en impetuosa pasión irresistible.

¡Qué lindos son los ojos de Judy! ¡Qué graciosa su boca! En la contemplación de la muchacha, O'Hara apenas se entera de que el tren ha sido asaltado. ¿Qué hacen aquellos hombres que recorren en todas direcciones los departamentos del ferrocarril, con las bayonetas desnudas y amenazadoras? O'Hara se apresura a defender a su deliciosa compañera... mas no es a ella a quien amenaza el peligro. Los esbirros del general Yang ni siquiera la miran, y es a él, al aviador americano O'Hara, a quien se apresuran a detener. Más que su propia vida, más que el incumplimiento de la misión que se le ha confiado, exaspera a O'Hara la necesidad de dejar sola y en tan terrible riesgo a Judy. La mira; ella baja los ojos... Y entonces aparece ante el aviador, en toda su crudeza, la terrible verdad. Vuelve a mirar a Judy; pero ahora hay en su mirada, mezclada a la pasión, una llama de ira y de desprecio. ¡Tanta belleza, tanta gracia, tanta simpatía, no eran sino las armas profesionales de una espía rastreadora y vill!

O'Hara es conducido a presencia del general Yang. A su pesar le atrae en el tirano cierta aureola de grandeza, cierta fuerza que no excluye, claro está, la repulsión que inspira su crueldad. Después de un diálogo que pone a prueba la serenidad del joven americano, el general le retiene prisionero en su barco y le despoja del dinero que llevaba a Shanghai.

—¿Querían mis enemigos comprar armas con esta suma? —dice, riendo, el general—. Pues bien: no quiero estorbar sus propósitos. Dedicaré la suma íntegra a comprar armas... que volveré contra ellos.

El encargado por Yang de realizar la compra de armas es, naturalmente, Peter Perrie, quien llevará el dinero a Shanghai y lo entregará a un tal Brighton, que tiene ya las armas en su poder. Mas, cuando Perrie se ve en posesión de la importante suma, recuerda, en efecto, con melancolía, la vida de su hermosa patria occidental, y la tentación de regresar a ella, de morir en ella si es preciso, es para él mucho más poderosa que toda consideración y que todo temor. Consciente del peligro que corre, esconde el dinero en el doble fondo de una de sus maletas y se dirige a Shanghai donde, en vez de ir al encuentro de Brighton,



va directamente a tomar dos pasajes para el primer barco que salga rumbo a América.

En tanto, O'Hara se desespera, prisionero en la bodega del buque de Yang. Ansía vengarse de los que le engañaron, recuperar la cantidad robada, reparar un instante de debilidad cumpliendo hasta el fin la misión que se le confió... En las largas horas de inactividad, estudia mil planes de fuga. Por fin, una noche, burlando la vigilancia de sus carceleros, consigue salir de la prisión, mas, en el momento en que va a saltar al agua, es sorprendido. Unos instantes de lucha y gracias a su poderosa musculatura y su portentosa agilidad, O'Hara logra su objeto, no sin haber sido herido en la contienda.

Al llegar a Shanghai, el primer cuidado de O'Hara es hacerse curar por un médico chino del partido popular, que es gran amigo suyo. Después de haberle curado el doctor le comunica las sospechas que abriga contra Peter Perrie y su hija Judy. El es también quien le pone sobre la pista de ambos.

Y el aviador les va a buscar.

Cuando vuelve a ver a Judy, sus propósitos de venganza se esfuman como por encanto. No deja de tener con ella una discusión violenta, pero, a través de sus palabras, comprende que la conducta de la muchacha y lo que él califica de su traición obedece a causas más fuertes que su propia voluntad: causas regidas por la mal entendida sumisión a la férula paterna...

Entonces el destino pone a Perrie y a O'Hara frente a frente. Promuévese una querrela y el perverso Perrie trata de matar a O'Hara, quien, en defensa propia, hiere mortalmente a su contrario. A fin de evitar toda intervención de la policía en sus

asuntos, O'Hara y sus amigos del partido popular tratan de hacer desaparecer el cadáver de Perrie. Pero, en esto, llega el propio general Yang, seguido de sus fieles soldados. Se trata, sobre todo, de descubrir dónde está el dinero. Pero, en realidad, nadie lo sabe, puesto que Perrie no confesó a nadie, ni aun a su propia hija, el secreto del escondrijo.

—Hay en mi barco medios suficientes para hacer hablar a los mudos— dice el general Yang a O'Hara y a los demás.

Y, acto seguido, ordena que todos los presentes sean conducidos a su juncó, donde tiene establecido el cuartel general.

En vista de que los prisioneros insisten en declarar que ignoran en absoluto dónde pueda estar el dinero, el general Yang los amenaza con darles tormento, y para demostrarles a lo que se exponen con tan obstinado silencio, manda traer a su presencia a un desventurado, al cual acaban de torturar por orden suya. Después se retira, advirtiéndoles que quiere darles tiempo para pensar lo que les conviene más.

Pasan, rápidos, los minutos. En realidad, todos los presos ignoran el escondrijo del dinero. Pero el general Yang ha leído en los ojos de O'Hara y de Judy que un amor más fuerte que ellos mismos une a los dos jóvenes y cree hallar en tal pasión la clave de la fortaleza que les sostiene en el silencio. Pasada una hora, Yang, convencido de que es la hermosa Judy la que posee el secreto del lugar en que se encuentra el dinero robado por su padre a O'Hara, la envía a buscar para darle tormento.

Es un instante desgarrador. En vano O'Hara pide la merced de substituir en el dolor a la mujer que ama. Los verdugos a

las órdenes del general Yang son implacables y arrancan a Judy de los brazos de O'Hara. Pero en aquel momento...

En aquel momento el agente Brighton, que ha pretendido huir, penetra en el lugar, peleándose violentamente con sus centinelas. Se ha embriagado y tiene en la mano un puñal que blande a derecha e izquierda, al azar de su furia. Todos los presentes se hacen atrás, temerosos de ser víctimas de aquella locura. El puñal de Brighton va y viene como una flecha: hiere a personas, a cosas... y, entre éstas, atraviesa, de un formidable golpe, el cuero de la maleta del difunto Perrie, de la cual surge un manantial de monedas y billetes de banco. El general Yang, que ha acudido al escuchar el alboroto, se precipita hacia el dinero. Pero el borracho Brighton siente, a su vez, que a la vista del tesoro se le disipa la borrachera. El es, al fin, quien ha descubierto el escondrijo del dinero, y la suma —dice él— le pertenece. Como un perro guardián se coloca de centinela ante el tesoro, sin dejar el puñal, que levanta, amenazador, contra cualquiera que intente acercarsele. La guardia del tirano retrocede y ante lo que él califica de cobardía de sus hombres, el propio general Yang se adelanta contra el furioso. Una puñalada mortal le desgarró el vientre.

SINTIÉNDOSE morir, el general quiere aprovechar hasta su último instante para vengarse de sus enemigos. Grande en la crueldad y en el poder, el tirano de la China septentrional se apresta a un solemne consejo de guerra en el cual sentenciará a muerte a todos sus prisioneros, y aún espera tener vida suficiente para asistir a su fusilamiento. La sentencia se dicta. Judy, O'Hara, Brighton y otras personas inocentes van a ser asesinadas vilmente en el navío por el orgullo de aquel hombre. Este orgullo, sin embargo, puede ser la salvación de aquel grupo de gentes tan cercanas a la muerte. Así lo comprende la mente vivaz del aviador O'Hara, quien, como último deseo antes de despedirse para siempre de la vida, pide la gracia de pronunciar unas palabras ante el general Yang. Y la gracia le es concedida.

—Mañana —dice O'Hara— el mundo entero se interesará por la tragedia ocurrida a bordo del juncó que servía de cuartel general al gran conquistador de la China. Y mañana, cuando se sepa que los prisioneros confiados a la nobleza del general han sido asesinados y que el propio general Yang ha muerto, el mundo entero creerá que el gran soldado ha sido asesinado por sus propios hombres, en rebelión contra su autoridad suprema. Ningún testigo quedará para decir al mundo la verdad de los hechos y testimoniar el fin heroico de Yang y de su guardia que, según la vieja tradición heroica de la China, debe acompañarle en la muerte, como le acompañó en la vida.

Un breve momento de reflexión basta al general Yang para superar un oscuro sentimiento con un nuevo orgullo: el de los dictados de la posteridad, el de la propia gloria póstuma. Una orden breve y tajante revoca la anterior orden de fusilamiento de los presos. Al borde de la muerte, el general conserva todavía suficiente entereza para hacer formar a su escolta en dos hileras, una frente a otra, y preguntar a los hombres así alineados si están dispuestos a suicidarse para probarle su lealtad. Todos contestan afirmativamente; el general da una voz y los soldados disparan, fusilándose mutuamente.

Después de la terrible noche, amanece en el mar. El general acaba de morir. El juncó que le servía de cuartel general toma rumbo hacia mares más hospitalarios y tranquilos. Un hombre y una mujer —O'Hara y Judy—, jóvenes y enamorados, liberados, al fin, del terrible destino que pesaba sobre sus vidas, se dejan mecer sobre las aguas de su propia felicidad, camino de una nueva existencia.





Luminarias En Cierne

He aquí dos grupos de esas «girls» que constituyen el exponente máximo de la belleza femenina de la pantalla. Hoy nos recrean con las dinámicas evoluciones de sus magníficos cuerpos ante la cámara; mañana... ¿quién sabe? ¿le cabrá a alguna de ellas el honor de ver su nombre hiriendo las tinieblas que envuelven los suntuosos locales en las noches de estreno?



(Fotos Metro-Goldwyn-Mayer.)



WILLIAM POWELL

(Foto Metro-Goldwyn-Mayer.)